

Mar

(*Por Rodrigo Fresán*) Dicen que hay un momento inolvidable en la vida de todo ser humano: el instante preciso en que se ve el mar por primera vez.

Ese hombre caminando junto a la orilla no tuvo esa suerte.

Ese hombre se olvidó de su primer azul porque nació en un barco, nació sobre las aguas del mar y, por lo tanto, nunca supo del tránsito expectante del cemento ciudadano hasta las arenas de la playa para descubrir la verdad del color azul.

Mejor todavía: ese hombre nació en el agua. El misterio de su madre descendiendo por la escalerilla del barco, nadando un par de cautas brazadas y el acontecimiento inesperado que lo tuvo a él de protagonista llegando dos meses y medio antes de lo pautado. Le gusta pensar que –en cuestión de minutos– él nadó desde el íntimo mar amniótico de su madre hasta el otro mar, el mar ajeno a todos por más que se lo utilice con modales tan tiránicos como inseguros.

Cuando él nació, el mar estaba ahí y por eso y desde entonces –como esas personas que nacen en taxis o en ascensores– siempre se sintió un poco diferente, un poco lejano al despotismo de la tierra firme.

Por eso –en las películas o en el relato húmedo y salado y siempre emotivo de los que recuerdan el minuto clave, la grieta donde el horizonte se quiebra– ese hombre sonríe entre triste y superior porque qué van a contarle a él el asunto ése del mar.

Por eso nunca volvió al mar hasta ahora.

Aun así –sabiéndose amo y señor de las profundidades– colecciona mares ajenos. Se acuerda de Lawrence de Arabia llegando al mar de agua después de haber cruzado un mar de arena. Mira una y otra vez a Antoine Doinel al final de *Los cuatrocientos golpes:* el chico corre y corre huyendo del reformatorio hasta tropezarse con los límites del agua para, entonces, retroceder unos pasos y encontrar con la cámara que atrapa para siempre la mirada confundida de quien lo entiende todo en un segundo. Piensa en Ulises viejo, en los funerales de los vikingos, en que nunca le encontró la gracia a Debussy y en esa canción perfecta de Charles Trennet donde una voz emocionada invita a contemplar "El mar / Que vemos bailar sobre los golfos claros / Con reflejos de plata / El mar / De reflejos cambiantes / bajo la lluvia".

Ahora, sí, contempla el más común y elegante de los milagros –ver llover sobre el mar– y se pregunta cuánto faltará, cuántas mareas restan, para que él sienta el impulso irresistible de volver al lugar de donde vino. Se responde que no falta nada sabiendo que, en su caso, todo el asunto ése de "del polvo venimos y al polvo volvemos" no es sólo una infamia sino también una estupidez.

Cansado de ahogarse en cámara lenta a lo largo de todos estos años, agobiado por la falta de oxígeno, se desnuda y entra al mar con la inequívoca sonrisa del invitado que esta fiesta necesitaba. Sería poco elegante –no sería cierto– afirmar aquí que el hecho de descubrir que puede respirar bajo las aguas del mar le produce siquiera un mínimo asombro.

hecha UNA furia

Por Sergio Olguín

Factótum de la revista de literatura "V de Vian", Sergio Olguín (Buenos Aires, 1967) vuelve a narrar aquí en un mundo que lo obsesiona y que desfila como pocos: el de la alta costura y las bajas pasiones, el de las poco ejemplares chicas modelo con ira by design y elegante tristeza. El presente relato pertenece al volumen de cuentos inédito, "Las griegas", que alguien debería editar antes de que se presenten las colecciones del próximo verano.

Las Furias son la memoria, inexorable e inflexible.
Jan Kott, El manjar de los dioses.

Uno puede vivir en el absurdo pero no puede vivir aceptando lo absurdo.
André Malraux, Los conquistadores.

1. Jean Paul Gaultier

La noche en la que Marina vio por primera vez a Gonzalo fue la del cumpleaños de Helena Salgado. Lo festejaron en la VIP de Pachá y estaban todas las chicas de las dos agencias y los mejores hombres de Buenos Aires. Ella estaba feliz en su vestido Jean Paul Gaultier que Max le había regalado cuando estuvieron juntos en Nueva York el otoño pasado. Era de seda y cuero negro (una combinación, por lo menos, arriesgada) que se ajustaba deliciosamente a su cuerpo y que otorgaba a la vista de todos un diabólico escote. Max también le había regalado el perfume que se había puesto esa noche: Escada, de Margaretha Ley. Por primera vez en seis meses abandonaba el Chanel N° 19 y se sentía exultante: como siempre cuando terminaba con una fidelidad. Los seis meses de Chanel habían sido su persistencia más fiel en los últimos años. Apenas estaba maquillada (un poco de base Revlon en polvo-crema) y sus labios llevaban su lápiz labial favorito: Maybelline Moisture Whip, color Mocha Ice. Su ropa interior era un conjunto negro Dolce & Gabbana bastante discreto (como ocurría, por otra parte, casi siempre con Dolce & Gabbana). Unas sandalias mexicanas (regalo esta vez de su madre, de su última visita al país en el que Marina había vivido su infancia y parte de su adolescencia) completaban su vestuario.

Gonzalo (ella todavía no sabía que se llamaba así) apareció como una imagen divina. Un flash los había encandilado a ella y a Max (abrazados, después de un beso) y detrás del fotógrafo estaba parado de perfilGonzalo. Fue sólo verlo y sentir que su corazón se detenía por un segundo para luego volver a sonar a ritmo de Mc Solaar. Gonzalo hablaba con Ana Paula y Lucía que lo miraban como a un dios y dispuestas, se les notaba en la mirada, a cualquier sacrificio para terminar esa noche en los poderosos brazos de ese Adonis nacional. O extranjero. Tenía que averiguarlo.

–Max, ¿te gusta ese sweater que tiene el chico que está hablando con Ana Paula?

–¿Quién, Gonzalo?

Así supo su nombre y no mucho más: que había sido novio de María Vannini (como casi todos los hombres de esta tierra), que Max lo había visto jugar al rugby en Pucará o en Pueyrredón, y que se lo había cruzado en una disco de París, el Le King Club. Marina no podía averiguar mucho más sin despertar sospechas y si bien Max era poco celoso y mucho menos perspicaz, tampoco había por qué delatarse tan pronto. Porque ella no dudaba de que tarde o temprano se iba a delatar.

Y de pronto, lo esperado: Gonzalo giró la cabeza y su mirada se cruzó, se detuvo y acarició los ojos verdes de Marina. Sintió un fuego que le subía por los pies y que se detenía por debajo de la cintura. Su Dolce & Gabbana ya debía tener la primera muestra de su pasión por ese muchacho. Sin pensarlo, como provocación y como calmante, besó largamente a Max. Cuando terminó el beso no sólo descubrió que Gonzalo ya no la miraba sino también que Gonzalo ya no estaba ahí. Se había ido. No lo volvió a ver en toda la noche. Tampoco a Ana Paula ni a Lucía. Esa mañana, Max y Marina hicieron el amor con una furia desacostumbrada en ella.

2. Moschino

Marina podía recordar perfectamente la forma, el estilo y la marca de todos sus corpiños, podía recordar sin equivocarse el nombre de todos los fotógrafos, los asistentes, los maquilladores y las peinadoras con las que había trabajado, podía enumerar todas las calles de todas las ciudades en las que había vivido (el Córdoba de su primera infancia, el México de su infancia y adolescencia, el Buenos Aires de su juventud), podía recordar el nombre de todas las discos de Europa y de Estados Unidos en las que había estado, pero se olvidaba muy rápidamente de los hombres que la habían calentado sin llegar a cumplir su labor de bomberos. Tal vez porque habían sido muchos, tal vez porque creía que sólo merecían recuerdo aquellos con los que sí había pasado algo, lo cierto es que a Marina le resultaba imposible recordar a aquellos hombres que, en su momento, habían despertado algún tipo de furor. Por esa razón, al día siguiente al cumpleaños de Helena ya no pensó más en Gonzalo.

Y era muy probable que nunca hubiera vuelto a pensar en él si no se lo hubiera vuelto a cruzar en el estudio de Vicky Rosenthal cuando iban a realizar la publicidad de Moschino. Y esta vez sin luces confusas, sin música al tope, sin la locura de la disco, sin Lucía ni Ana Paula, sin Max. Ahí, a dos metros estaba Gonzalo. Y Marina una vez más sintió que era una contradicción andando: una llama que ardía cada vez más furiosamente cuanto más húmeda se sentía.

3. Vivienne Westwood

El día que Marina volvió a ver a Gonzalo había comenzado muy temprano. Marina se había levantado a las siete de a mañana. Tenía que estar a las nueve en el estudio fotográfico de Vicky Rosenthal y le gustaba alimentar su fama de modelo puntual. Hacía una semana que no veía a Max (había viajado a Chicago para comprar el nuevo software de su empresa) pero no había tenido tiempo de extrañarlo con todo el trabajo que se había presentado: el lunes, shooting para la cover de *Para Ti*; el martes, desfile de Laurencio Adot en el Hall Buenos Aires, el miércoles, producción para *Elle*, y hoy, el fitting y la primera sesión de fotos parala publicidad de Moschino. Para colmo, esa noche se reunían en el Age para festejar Halloween. *Va a estar lleno de brujas,* se dijo pensando en sus amigas.

El propio Moschino la había elegido para ser una de las imágenes de la nueva campaña que se iba a difundir no sólo en la Argentina sino también en Europa y Estados Unidos. El diseñador había visto sus fotos en el composit de la agencia Ford y la pidió inmediatamente. Que el resto del equipo (fotógrafa y demás modelos) también fuera argentino era una muestra de extravagancia de Moschino o un intento de reducir los costos de producción.

Pero a Marina no le interesaba demasiado la razón. Sabía que éste podía ser su trabajo más importante hasta el momento y lo iba a saber aprovechar. Ese día había amanecido fresco y resolvió no llevar el vestido floreado Azzedine Alaia que el día anterior había pensado ponerse. Dudó un instante y finalmente se decidió por un tailleur Chanel de pantalón y saco gris elefante que el propio Lagerfeld le había regalado cuando ella modeló para Chanel en el Palace Montfleure de París. Desayunó un café, dos tostadas con queso untable, un jugo de naranjas y dos aspirinas. Se miró al espejo: estaba demasiado formal. Se sacó el tailleur y se puso un vestido estilo Morticia largo hasta los pies pero colorado, bastante escotado y de mangas largas, con una pequeña cruz bordada a la altura del abdomen. Era un vestido Vivienne Westwood que a ella le gustaba especialmente. Pero cuando se acordó que pensaba ir caminando desde su departamento al estudio (apenas cinco cuadras por la avenida Libertador) pensó que iba a ser más cómodo y menos llamativo el tailleur Chanel. Volvió a cambiarse y dejó el Vivienne Westwood para la Noche de Brujas.

Salió de su casa a las ocho y media pasadas sin una gota de maquillaje y con unos zapatos Maud Frizon que tenían una hebilla en forma de rosa. Caminó por la avenida con la fuerza de quien va viento a favor. Era un breve trayecto: el estudio de Vicky Rosenthal quedaba en Callao, a pocos metros de Libertador. Cuando llegó a esa esquina no pudo evitar recordar su primera visita a Buenos Aires cuando tenía cinco años y la abuela la había llevado al ahora inexistente Ital Park. Se habían pasado todo el día en el tren fantasma y en el laberinto de los espejos con su hermana Eva y su abuela Teresa. Fue su último (y casi único) recuerdo de Buenos Aires. Esa misma noche viajaron hacia la ciudad de México.

A Marina no le gustaba recordar su infancia. No creía en la nostalgia de esos tiempos. Agradeció tener veintidós años y poder vivir todo lo que le ocurría. Relacionaba la infancia con el no comprender lo que ocurre, con el tener que depender de los demás, con todos los terrores que la habían acosado. La adultez era para ella lo más parecido al paraíso que se podía concebir: todos y cada uno de los placeres comenzaron una vez que fue desarrollando su cuerpo tan admirado y envidiado por los demás.

En el estudio sólo estaban Vicky, sus asistentes y el equipo de producción de Moschino en Buenos Aires que conducía Laura Monge Berri. Todavía no habían llegado ni el peinador ni los otros modelos. Laura, la vestuarista, y ella se pusieron a revisar la ropa y en menos de quince minutos ya tenían decidido qué se iba a poner en la primera tanda de fotos. No era mucho realmente: sólo unas bermudas y una remera ajustada Moschino, unas medias bucaneras Dim, unos zapatitos J. M. Weston, y un juego de ropa interior Scandal. Cuando ya estaba vestida para la foto aparecieron los otros tres modelos: dos adolescentes de no más de quince años (un chico y una chica que entraron riéndose a carcajadas) y Gonzalo. Laura, que comenzaba a ser maquillada, apretó las rodillas.

4. Gianni Versace

Ella sabía cómo iban a ser las fotos pero nunca imaginó que su compañero iba *a ser* Gonzalo. Vicky y Laura le habían explicado que la idea de Moschino era que ella y el modelo aparecieran abrazados. El sólo con unjean y ella con su bermudas. ¡Sus pechos contra el pecho enorme de Gonzalo! Por suerte, Marina estaba sentada. La sola idea le producía mareos y pensó que si Vicky los dejaba demasiado tiempo en esa pose, ella iba a empezar a refregarse contra el cuerpo de Gonzalo y que no iba a tardar en acabar. *Una semana de abstención, pensó, es demasiado tiempo.*

Se saludaron con la indiferencia que indicaban las circunstancias. Gonzalo llevaba un jean negro Versace, una remera negra Versace, un cinturón negro (por lo visto le gustaba la ropa negra y Gianni Versace), zapatos desconocidos para ella, olía a Carolina Herrera pour homme *(un punto en contra,* pensó era el mismo perfume que usaba Max) y con particular interés esperó a que se cambiara para descubrir que llevaba un boxer de... no, imposible concentrarse en el nombre del boxer de algodón blanco que quedó al descubierto cuando se sacó el jean para ponerse el Moschino. Palpitaciones. Marina sintió palpitaciones.

Decidió concentrarse en el maquillaje y la maquilladora. Una manera bastante efectiva para volver a ser la modelo profesional que todos conocían y respetaban. Ella sabía que en última instancia se iba a comportar a la al-

de las circunstancias.

Revlon

Ante todo la base y el polvo, luego el ne- ario toque de rubor para resaltar los pómu- y darle un aporte mínimo de iluminación. aso siguiente era delinear y darle color a ojos; la maquilladora eligió un tono natú- para los párpados de Marina. asi lista. La maquilladora le agregó un to- de polvo traslúcido y sólo restaban los la- . Marina reconoció, como una gourmet de ces labiales, el sabor del Revlon Ou- eous, en tono beige; el favorito de Clau- Schiffer. Finalmente la maquilladora le ó los excesos de artificio con un hisopo. ostro ya estaba preparado para la lente de y Rosenthal.

Vos no necesitás maquillaje, estás precio- le dijo la maquilladora cuando terminó su ajo. La maquilladora y Marina se conocí- esde hacía un par de años y siempre se ha- llevado bien. Se llamaba Liliana y era, o ella, cordobesa. Los años en Buenos Ai- o le habían quitado la tonada provincia- ue ella había perdido (o transformado) en ico. Marina se sonreía mientras se obser- en el espejo. Realmente, por unos segun- abía conseguido olvidarse de Gonzalo. hora era el turno de Guillermo, el peina- Liliana mientras tanto luchaba para que dolescente se quedara quieta y se dejara uillar. La chica parecía más interesada en ar la atención del otro modelo adolescen- no paraban de molestarse mutuamente tras se reían a carcajadas. *Niños*, pensó na con algo de fastidio. Gonzalo, ya ves- esperó su turno para ser maquillado. El ador le desenredó el pelo lacio y le apli- n fijador para dar efecto mojado.

a maquilladora terminó con la adolescen- comenzó a trabajar con Gonzalo que se ó al lado de Marina. Ella lo miró por el es- Pensó: *está fuerte, muy fuerte*.

os adolescentes ya resultaban insoporta- Liliana, haciéndose cargo de la situación, etó un par de veces pero no le hacían mu- caso. Estaba empolvando el rostro de Gon- cuando los volvió a retar:

Gonzalo Videla

- Quietos, chicos, parecen bebés. Com- ense como adultos. ¿O hay que estar re- olos a cada rato? Hay que ser Videla con les.

os adolescentes hicieron como si no la hu- n escuchado pero igual se tranquilizaron usieron a hablar de las publicidades que bían hecho. Gonzalo miró a Liliana por pejo. –¿Qué tenés en contra de Videla? reguntó. Liliana hizo un gesto de indife- a, restándole importancia a sus palabras. ejar de maquillarlo le contestó:

ada. Dije Videla como pude decir Gal- Qué sé yo.

ero lo dijiste como con asco.

iana parecía no entender. Marina tampo- tendía. Los miraba a uno y a otra y tra- de descubrir hacia dónde iba Gonzalo.

o sé qué querés decir, estoy enojada pe- n estos mocosos, nada más. Dije Videla, haber dicho Franco, Mussolini...

orque yo soy hijo del general Videla y no sta que insulten a mi padre.

los adolescentes ni el peluquero parecí- cuchar la conversación de Gonzalo y Li- Sólo Marina estaba atenta.

e estás cargando –le dijo Liliana.

o soy hijo del general Videla.

os me estás cargando.

o, Liliana –intervino Marina–. No ves o te está cargando. Nadie ni en broma ía ser hijo de Videla.

Scandal

s dos adolescentes se habían puesto a mi- ropa que les había tocado para la sesión tos. El peinador seguía con los cabellos arina, ajeno a todo. Liliana no había ati- nado a nada, salvo seguir trabajando en el rostro de Gonzalo que se había callado y mantenía una mirada de arrogancia e indignación. Marina hubiera querido seguir hablando pero sólo se había atrevido a decir lo que había dicho y no pudo continuar. Sentía como si un rayo le hubiera partido el alma.

No podía seguir hablando. No podía mantenerle la mirada a Gonzalo a través del espejo. Cerró los ojos y temió que Gonzalo la estuviera mirando, que en su rostro (tan expresivo según todos los fotógrafos con los que había trabajado) se reflejara el terror que se había apoderado de ella. Un terror descontrolado, ilógico, desubicado. Sintió cómo se ponía colorada de vergüenza y de miedo. Trataba de calmarse concentrándose en el peine y las manos de Guillermo. Trataba de imaginar que esas manos eran las manos de su madre tranquilizándola, las manos de su padre acomodándole las trenzas en la siesta cordobesa, en aquellos días, cuando lo vio por última vez.

Era estúpido tener miedo. Tener miedo de un muchacho que sólo sabía sonreír frente a una cámara de fotos y que vivía para seducir. Era estúpido tener miedo de alguien que sólo era capaz de defender el honor de su familia de la ocurrencia de una maquilladora. ¿Hubiera sido capaz de enojarse con Guillermo o, mejor, con Max, que era tan grandote y musculoso como él? La ventaja de Gonzalo es que Max nunca iba a poder hacer un comentario como el de Liliana. Gonzalo podía estar tranquilo. Pero ella no, ella sentía miedo.

Pero era estúpido tener miedo del hijo de un asesino. Un hijo no es un padre. Una hija tampoco es un padre. O sí. Por qué no pensar que sí. Que Gonzalo cargaba con su padre como quien hereda los ojos claros o la aversión por las matemáticas. Gonzalo no era su padre pero en ese instante banal e intrascendente, Gonzalo significaba su padre. De la misma manera que ese miedo que sentía ella no era sólo el miedo de Marina.

Vicky vino a buscarlos. Ya estaba todo listo para comenzar la sesión de fotos. Todos fueron para el estudio salvo Marina que dijo que iba en unos segundos. Se quedó sola en el camarín. Era estúpido tener miedo pero más idiota se sentía por haber experimentado algún tipo de atracción por ese tipo. Se sentía engañada, como si Gonzalo, en la fiesta de Helena, hubiera tenido la obligación de decirle de quién era hijo. Sabía que no era así pero no podía evitarlo. Poco a poco, el miedo dejó paso a la vergüenza de haberse sentido calentada por él; la vergüenza se transformó en rechazopor Gonzalo, el rechazo creció en forma de odio. Marina odiaba a Gonzalo. No podía trabajar con ese tipo, no podía apoyar sus pechos en su cuerpo, no podía compartir un estudio, un mismo lugar, nada. Eran, aunque él no lo supiera o no le interesara, enemigos.

Se sacó las bermudas Moschino. No, no podía hacer esas fotos. Pero debía hacerlas. ¿Qué hacer? ¿Matar a Gonzalo? Imposible, todo era imposible, y esta conclusión la llevó a sentir más desprecio por Gonzalo y por todos. Nadie la iba a entender.

Sentía unas tremendas ganas de hacer pis. Se puso más furiosa cuando notó que su Scandal estaba húmeda. La ropa de él estaba sobre una silla como una irónica testigo de lo que le ocurría. Fue lo único que pudo hacer. Puso el pantalón Versace con su cinturón Versace en el suelo, al lado puso la remera Versace y los zapatos que eran Camper. Se sacó la bombacha e hizo pis sobre la ropa de Gonzalo. El chorro de pis caliente se esparció por los zapatos Camper y por el jean, el cinturón y la remera Gianni Versace. Un río de pis ahogaba la ropa de Gonzalo, ropa que quedaba mojada e impregnada del olor del pis de Marina. Pantalón, cinturón, remera y zapatos que quedaban como despojos inutilizables, sucios, desolados, muertos. Un pis caliente que no se terminaba nunca porque nada terminaba del todo.

Marina se limpió con la bombacha que quedó impregnada de orina y flujo. Buscó en el vestuario una bombacha Scandal nueva. Tiró la otra Scandal por el inodoro. Pasó por arriba de la ropa tirada y empapada de Gonzalo. Se acomodó frente al espejo la remera Moschino y se volvió a poner las bermudas. Fue hacia el estudio. Los adolescentes se habían sentado a un costado. Un asistente controlaba la luz. Vicky hablaba con Laura. Gonzalo ya estaba sentado en el escenario armado para las fotos. Vicky se acomodó frente a la cámara y ajustó el objetivo hacia donde estaba Gonzalo. Hacia ahí fue caminando Marina. Laura le sonrió y ella le respondió con otra sonrisa mientras se acercaba. Se sacó la remera y el corpiño. Esperó la orden de Vicky para abrazarlo.

Se reproduce aquí por gentileza del autor.



Enfrentados

La guerra despierta menos pasión en Lima que en Quito. Muchos peruanos se quejan de que el país pierde imagen y aparece como agresor ante el mundo. La prensa peruana debate y, en muchas ocasiones, discrepa con el gobierno.

EL PAIS de Madrid

(Por Juan Jesús Aznárez, desde Lima, especial para Página/12). **Los taxistas de Quito izan la bandera nacional en la antena de la radio, algunos periódicos regalan la enseña, y el comentarista Enrique Echeverría la jura de nuevo en su última arenga sobre la causa: "¡Salve, oh Patria, mil veces, oh Patria!". El enfrentamiento fronterizo amazónico, que en Ecuador convoca, duele e inspira, se vive en Lima más lejano o a ratos. "O les sobran millones y armas o están locos. Con la pistola en la cabeza o no, el caso es que firmaron el acuerdo de Río y deben respetarlo", grita en esta capital Fabián Mora, de 43 años, mecánico. "Además, saben muy bien que podemos tumbarlos."**

Peruanos y ecuatorianos se tumban unos a otros en la cordillera del Cóndor, donde supura una herida vecinal histórica, y a las honras fúnebres por los primeros caídos asisten deudos que reclaman venganza y muerte.

Los indígenas shuaras, divididos por el Protocolo de Río de Janeiro, combaten en bandos contrarios y produce pena escuchar cómo algunos llaman a degüello y vitorean a presidentes distintos en expediciones y cruzadas que los separan de nuevo.

Contrariamente a Ecuador, donde la censura de prensa y la unidad de sus nacionales en la reclamación amazónica impiden cualquier discrepancia, la prensa de Lima discrepa, debate, y la jefatura del gobierno encaja espacios críticos en alguna de sus políticas sobre la crisis.

"A esos periodistas antiperuanos y sinvergüenzas hay que meterlos en la cárcel con Abimael Guzmán" (encarcelado jefe de Sendero Luminoso), bramaba un limeño. El vengador no se refería a la revista *Caretas* y sí al director de un periódico local, pero esta importante revista concede el beneficio de la duda en su último número.

"Una primera duda es, objetivamente, saber quién inició las hostilidades. La primera presunción es que tanto Durán Ballén como Fujimori se vieron en frente de hechos consumados", considera la publicación en un trabajo de portada que titula: "El conflicto con el Ecuador visto con dos dedos de frente" "Durán es un mandatario debilitado que recupera terreno con el conflicto (...). Si, en efecto, Fujimori se ha jugado todas las cartas promoviendo el conflicto, ha entrado en un terreno de incalculables consecuencias políticas".

En los medios escritos o en la radio y la televisión ecuatorianas son ahora impensables los comentarios adversos a Sixto Durán Ballén, asiduo del balcón presidencial de Quito desde los primeros días de la crisis con encendidos discursos y brazos en alto.

AFP

El jefe del gobierno, de 73 años, se ofrece a sí mismo como libertador desde el colonial mirador de palacio y atiende con puntualidad a las manifestaciones callejeras de una población en permanente vigilia patriótica. Y todos los canales y frecuencias ecuatorianos machacan con citas épicas y solemnes referencias a los próceres históricos fallecidos con la reivindicación territorial en los labios.

"Los héroes del Cenepa y Ecuador", "La hora de la unión" baladas de los Hermanos Terán, abundantes en dignidad y justicia, arrasan, y el grupo Pueblo Nuevo emociona a las masas con "Aquisha" y "Mi lindo Ecuador". Cada flash informativo en Quito, Guayaquil y Cuenca es acompañado con estos temas como fondo musical: tres minutos y medio cada uno y unas 48 horas al día.

Y muchos peruanos se quejan de que el país pierde imagen y aparece como agresor ante el mundo. Los esfuerzos oficiales para evitar la denunciada percepción del conflicto, "la campaña de intoxicación ecuatoriana", han sido tan escasos como frecuentes los obstáculos a los informadores, subrayan quienes aquí afirman haberlos sufrido.





Mientras continuaban los feroces combates en la selva, Lima rechazó una versión ecuatoriana revisada del acuerdo de cese del fuego propuesto el domingo por los países garantes del Protocolo de Río de Janeiro. Hay decenas de cadáveres abandonados en el campo de batalla, potenciando el peligro de epidemias y cargando el lugar de olores nauseabundos

Otra esperanza para detener la carnicería amazónica entre Ecuador y Perú murió prácticamente antes de nacer, cuando Lima rechazó una versión ecuatoriana revisada del acuerdo de cese del fuego propuesto el domingo por los países garantes del Protocolo de Río de Janeiro. La propuesta ecuatoriana, de la que el presidente Sixto Durán Ballén y su canciller Galo Leoro habían dicho que incluía sólo dos "ligerísimas modificaciones" al documento de los países garantes, fue recibida por Perú con "frustración y preocupación", y el vicecanciller Eduardo Ponce dijo que Ecuador pretende con sus enmiendas mantener una posición a su favor en el tema de la desmilitarización, "lo cual es absurdo" y "totalmente impracticable". El trasfondo del ballet diplomático fue la continuación de una encarnizada campaña peruana de seis días por tomar el puesto fronterizo de Tiwintza, mientras los dos países seguían lanzando informes contradictorios sobre quién estaba en posesión de cada puesto.

El gobierno ecuatoriano insiste en la retirada de todas las tropas y el inmediato ingreso en la zona de observadores de los cuatro países mediadores (Argentina, Brasil, Chile y Estados Unidos). La distancia que habrán de respetar las respectivas unidades divide a los negociadores y constituye el punto fundamental de la discordia. Los peruanos proponen un retroceso en torno de los ocho kilómetros, en tanto que Ecuador defiende un kilómetro argumentando que una retirada mayor significa, de hecho, un avance de Perú sobre posiciones que las fuerzas de Quito han mantenido desde hace mucho tiempo. Según fuentes diplomáticas, Perú aceptaría la concentración y desmovilización de las tropas en dos puntos: Coangos, del lado ecuatoriano, y el Puesto Número Uno, en su territorio. El problema es que Ecuador considera como propio este último destacamento, al que llama Soldado Pastor. Al comentar las enmiendas de Quito a la propuesta de cese del fuego, Ponce señaló ayer en Brasil que "la propuesta ecuatoriana se aleja sustancialmente de la declaración negociada en Río de Janeiro con Ecuador y los países garantes".

La propuesta de Ecuador se enmarcó en una intensa ofensiva diplomáti-

"EE.UU. no trata de influir"

El gobierno de Estados Unidos, a través del portavoz de la Casa Blanca, negó ayer que Washington ejerza presiones económicas o de otro tipo sobre Ecuador para resolver la crisis fronteriza que lo enfrenta con Perú desde el 26 de enero. Claramente y sin vueltas, el vocero del presidente Bill Clinton, Mike McCurry, aseguró: "No hemos tratado de influir en ninguna de las partes. De acuerdo con nuestro papel de garante del Protocolo de Río debemos asegurar que las dos partes puedan resolver sus propias disputas sin interferencias".

Al responder a las acusaciones de altos funcionarios ecuatorianos sin identificar, quienes el lunes afirmaron que su país estaba bajo fuertes presiones económicas de Estados Unidos, McCurry las desestimó por completo, aunque sí consideró que su país tiene una responsabilidad en el continente americano –además de ser junto a la Argentina, Chile y Brasil uno de los cuatro garantes del Protocolo– que lo compromete a mediar entre ambos países.

Ballén teme ser depuesto

(Por Ricardo Soca, desde Río de Janeiro/El País) El presidente de Ecuador, Sixto Durán Ballén, confió a su homólogo brasileño, Fernando Henrique Cardoso, que teme ser depuesto por los militares si retrocede en el conflicto que su país mantiene con Perú. Según el matutino carioca *O Globo* que cita interlocutores del gobierno ecuatoriano en la cancillería brasileña y en la Organización de Estados Americanos (OEA), la amenaza militar que pende sobre su gobierno habría sido el tema principal del periplo relámpago que el domingo y lunes llevó a Durán Ballén a entrevistarse con sus homólogos de Argentina, Brasil y Chile.

El mandatario ecuatoriano prefiere perder la guerra con Perú en el campo de batalla que en la mesa de negociaciones, dijo la fuente. Esta recordó que desde la derrota militar ante Perú, en 1941, la cuestión de la cordillera del Cóndor toca el honor nacional de los ecuatorianos y que, por eso, la única alternativa que Durán podría aceptar sería una solución que envolviera a la OEA y a los presidentes de Argentina, Brasil, Chile y Estados Unidos, países que patrocinaron la mediación que fracasó el domingo en Río.

"Antes que una simple retirada o un incierto alto el fuego, Durán Ballén prefiere una intervención de la OEA en la zona de la cordillera del Cóndor, posiblemente una tropa militar tipo cascos azules de Naciones Unidas", comentó un diplomático brasileño.

En el encuentro de dos horas que mantuvo con Cardoso, en la madrugada del lunes, el jefe de Estado ecuatoriano precisó que puede sostenerse en el cargo si la región del conflicto es completamente desmilitarizada, pero que, si la solución diplomática implica un retroceso para Ecuador, el país caerá inevitablemente en una dictadura militar.